

¡Mi personaje inolvidable!

Carlos Reynaldo López Nuila

Coronel (r) de la Fuerza Armada, Vicepresidente Junta General Universitaria Utec, Licenciado en Derecho, Postgrado en Derecho Internacional Humanitario, Maestría en Educación y Admón. Universitaria, Egresado de Maestría en Ciencias Políticas y Administración Pública, Programa de Educación Profesional de Harvard University, Programa para dirigentes de Educación Superior de la Universidad de Monterrey. (México), Seminario Taller, Planeamiento de la Educación de la UNESCO. (París, Francia).

Todos conocemos personas en nuestras vidas a quienes apreciamos por sus hechos y valores. A lo largo de nuestra existencia, los vínculos de familia, estudios y trabajo nos permite relacionarnos con personas de distintos orígenes, de profesiones diversas, de comportamientos sui generis y de pensamientos muy propios. En mi caso personal, mi madre fue una persona ejemplar, que asumió su papel con toda entereza y sacrificio para favorecer el crecimiento profesional de mi hermano y el mío. Gracias a esa excepcional dedicación, ella cumplió con un sagrado deber que miles de madres cumplen todos los días; de igual manera en mi familia, hermanos y primos, han llevado vidas ejemplares y de reconocida calidad personal. Durante mis estudios de primaria y secundaria, conocí y fui alumno de muchos profesores y directores que orientaron mi vida de adolescente con rigor y sabiduría. Ellos siempre estarán en mi recuerdo y guardo su memoria con profundo respeto y agradecimiento.

En mi época de formación y desempeño militar, tuve la fortuna de ser cadete y oficial bajo el mando de jefes militares de mucha integridad y gallardía, para quienes la patria era primero. Su temple y espíritu de sacrificio eran firmes, permanentes y con clara manifestación del compromiso que genera el juramento

a la bandera. En el mismo ámbito tengo compañeros de gran integridad profesional cuya conducta ha sido intachable y su vida aunque austera es siempre digna. Su ejemplo, dedicación y actitudes de entrega y servicio, están siempre presentes en mi desempeño profesional y vivirán eternamente en mi alma de soldado.

Con el correr de los años, he convivido y alternado con personas de una gran calidad humana con quienes me une una gran amistad y un elevado aprecio. Todos merecen mi mayor reconocimiento y me siento unido a ellos por momentos de alegría, tristeza y trabajo que hemos compartido. Incluso nos une, en una actitud recíproca, una relación propia de hermanos. Su cercanía en ideales y la identificación en nuestra pasión por el trabajo, son valores que me permiten guardarles la mayor consideración y afecto.

Por disposición de ley, al optar por la carrera de derecho, mi condición de oficial de armas se cambió a categoría de los servicios, lo que me llevó a cumplir misiones en campos mas allá del ámbito estrictamente militar. A mi regreso de la misión en España como Agregado Militar y dada la coincidencia con el golpe de estado del 15 de octubre de 1979, fui nombrado, a solicitud de los miembros civiles de la Junta de Gobierno, en el



cargo de Director General de la Policía Nacional. Consciente de mi condición de pertenecer a la categoría de los servicios y considerando que dicho cargo tradicionalmente era propio de los oficiales de las armas, respetuosamente solicité fuera reconsiderado dicho nombramiento al señor Ministro de Defensa; mi petición fue trasladada a la Junta de Gobierno, quienes reiteraron que la designación no era ilegal y que procedía el nombramiento. Rechazada la solicitud, de inmediato tomé posesión y asumí la responsabilidad de la conducción de ese cuerpo hasta el 1 de junio de 1984.

En aquellas fechas, la situación del país era incierta y peligrosa dadas las manifestaciones violentas, la toma de instituciones y empresas y los criminales atentados que ocurrían cada día. A la primera Junta de Gobierno le sucedió una segunda y luego una tercera, provocando cambios en su estructura a consecuencia de lo cual llegaron nuevos miembros, como el Dr. Antonio Morales Erlich, el Dr. Ramón Ávalos Navarrete y el Dr. e Ing. Héctor Dada Hirezi. Este último renunció a su cargo y en el corto plazo fue sustituido por el Ing. José Napoleón Duarte. Las circunstancias del momento continuaron siendo difíciles; no fueron suficientes ni la apertura al diálogo, ni las promesas de cambio e incluso las reformas para calmar los ánimos; los grupos rebeldes en abierta provocación, persistieron con el esquema de insurrección que ya se había planificado por las fuerzas de la izquierda revolucionaria y de las organizaciones comunistas. Como Fuerza Armada participábamos en el gobierno y dados los problemas de cada día las reuniones eran frecuentes,

y ahí tuve la oportunidad de conocer y tratar a los miembros civiles de la Junta Revolucionaria de Gobierno. Poco a poco, la natural desconfianza y recelos de unos y otros se fueron desvaneciendo y, aunque la relación no era fraterna, sí era respetuosa en un ambiente distendido, dado que los sucesos de calle y la fuerte efervescencia política eran problemas comunes y frecuentes a enfrentar por todos los miembros de la Junta. Con el paso de los días y con las claras posturas y planteamientos del Ing. Duarte se fueron manifestando sus innatos dotes de liderazgo.

En cierta ocasión, cuando fue disuelta la Agencia Nacional de Seguridad Salvadoreña, ANSESAL, se le sugirió al Ing. José Napoleón Duarte que, dadas las intenciones para formalizar una auténtica democracia en el país, sería conveniente que de igual manera se debería cancelar la inscripción como partido político al PCN (Partido de Conciliación Nacional) dado sus antecedentes en los gobiernos anteriores a 1979; la respuesta del Ing. Duarte fue clara y concluyente: *«no, ellos son partido político y son necesarios para la democracia; lo que pasa es que ahora ellos deben aprender a hacer política en justa lid, sin apoyos, ni fraudes»*. **Su expresión fue elocuente y paradigmática de una persona que conoce y desea una verdadera democracia, con libre juego de ideas y planteamientos. Su respuesta fue contraria a las posiciones de los líderes de los golpes de estado anteriores, cuya primera decisión era destituir y perseguir a los políticos del partido del gobierno derrotado. La posición del Ing. José Napoleón Duarte ahora, sonaba a algo distinto, con una perspectiva de imparcialidad y de honestidad política, poco conocida**

y mucho menos practicada en nuestra realidad histórica.

A pesar de los esfuerzos de apaciguamiento del gobierno colegiado de ese entonces, el fervor de los diferentes grupos y fuerzas de izquierda y comunistas se mantenía con ritmo creciente que alteraban el ambiente de paz y trabajo que de forma unánime solicitaba la sociedad.

La Junta Revolucionaria de Gobierno dirigía de forma coordinada la función gubernamental y en ese espectro de visiones políticas, la figura del Ing. José Napoleón Duarte fue tomando más relieve e importancia dada la simpatía y apoyo que despertaba en el país y fuera de él, por su condición reconocida de líder político opositor a los gobiernos anteriores y por su exitoso desempeño como Alcalde de la capital en la década de los 60. Cierta día, mientras atendía en Casa Presidencial a una delegación de Estados Unidos integrada por simpatizantes de izquierda que cuestionaban la práctica de los derechos humanos, le expresaron sus preocupaciones al respecto, a partir de la bien orquestada campaña

de señalamientos que los grupos desestabilizadores mantenían con el apoyo de sus pares de Norteamérica. En cierto momento de la audiencia le reclamaron por abusos que ocurrían en esos momentos en las instalaciones del cuartel central de la Policía Nacional y para ello le mostraron un plano en el que aparecían supuestos calabozos en dicho cuerpo de seguridad. **De inmediato, en un acto de espontánea responsabilidad y definición política**, el Ing. Duarte les manifestó su extrañeza de la denuncia y les explicó que era una estrategia de desinformación para desprestigiar al gobierno y a la Fuerza Armada, y acto seguido les invitó a dirigirse junto a él a la Policía Nacional, sin comunicación previa, a constatar los extremos de su información. Ese día me encontraba en mi despacho y al ser notificado de su presencia salí de inmediato para rendirle novedades. Le encontré en el corredor de dicho edificio y al ofrecerle el saludo formal de rigor me presentó a sus acompañantes y me manifestó que estaba ahí para confirmar los hechos que los denunciantes manifestaban conocer y de lo cual tenían pruebas específicas para llegar al lugar donde supuestamente

se maltrataba a los detenidos. Mi respuesta fue, "sigamos el plano y vamos a dicho lugar".

Tomamos la dirección sugerida y nos dirigimos a la segunda planta de dicho edificio y llegamos directamente a un salón ubicado enfrente de la jefatura de investigaciones



criminales y, en ese instante, los señores norteamericanos visitantes manifestaron que, según el plano que ellos poseían, ese era el salón señalado, el cual, estaba cerrado con argollas y un candado de regular tamaño. Pedí a los encargados del lugar que procedieran a quitar llave de inmediato para abrir la puerta del mencionado salón y se me manifestó que la persona responsable se encontraba fuera de la Policía Nacional. Ante esta situación, tomé impulso y con un fuerte puntapié rompí las argollas que sujetaban el candado de la puerta y procedimos de inmediato a entrar, encontrando que en el lugar de referencia, se encontraban varios pupitres para clases, y evidentemente su uso era permanente en actividades de capacitación profesional. Los señores, sorprendidos por lo que personalmente comprobamos, revisaron su plano, platicaron entre ellos y aseguraron que ese era el sitio que a ellos les habían informado, como lugar de reclusión y de maltrato para los detenidos. A continuación el que parecía ser el jefe o coordinador del grupo manifestó que tenía el plano de otro lugar por lo que nuevamente le sugerí que fuéramos al mismo, siguiendo la ruta marcada por el referido segundo plano. Al llegar encontramos que era el dormitorio donde descansaban los señores oficiales de policía y en el cual se encontraban dispuestas las camas y clóset que ellos usaban. Ante este nuevo desengaño de los referidos defensores de los derechos humanos, estos se disculparon ante el Ing. Duarte y abandonaron rápidamente las instalaciones de la Policía Nacional, mientras el Ing. Duarte se dirigió a continuar con su trabajo en Casa Presidencial. **Creo que esta circunstancia no sólo puso en**

evidencia el manejo tendencioso de la información de los grupos locales que mantenían la campaña desinformativa en contra del país, sino que también permitió al Ing. Duarte demostrar el grado de entereza que fundamentaba su vocación democrática.

En la época de la Junta Revolucionaria de Gobierno y como consecuencia de la declaración de la ofensiva final por parte del FMLN/FDR en contra del Estado y Gobierno de El Salvador, las hostilidades del conflicto fueron creciendo aceleradamente y las bajas y lesionados de la Fuerza Armada se incrementaron mas allá de la normalidad de los tiempos de paz. Ante ese difícil momento, el Hospital Militar fue creciendo en sus funciones y responsabilidades para atender con la mayor eficiencia posible a todos aquellos miembros de la Fuerza Armada heridos en combate tanto a oficiales, como elementos de tropa y miembros de los cuerpos de seguridad pública. Este incremento repentino colocó en una situación de máximas limitaciones al nosocomio de la institución armada, lo cual se traducía en falta de equipos y espacios apropiados para atender al personal militar ingresado con diversos niveles de gravedad y exigía atención y cuidados especiales que no se podían ofrecer en las limitadas instalaciones de ese hospital.

En ocasión de una visita del Ing. José Napoleón Duarte a dicho lugar, para enterarse sobre las condiciones de los pacientes, el Director del Hospital Militar de esa época, el Coronel y Doctor José Roberto López Olivares, le informó que las instalaciones del hospital eran insuficientes para acomodar apropiadamente al personal militar lesionado



en combate y que por esa razón los pacientes habían sido dispuestos en los corredores y pasillos del edificio lo que, por supuesto, implicaba incomodidades en su tratamiento y en su recuperación. Ante esta situación, el Ing. Duarte le preguntó al Director del hospital que cual era la solución para remediar de inmediato lo que él estaba comprobando en ese momento; el Coronel López Olivares le contestó: "aquí adjunto al hospital está desocupado el edificio de lo que fue la antigua Escuela de Enfermería y si pudiéramos disponer de una planta de ese edificio ahí podríamos instalar una extensión de la tercera planta del hospital para organizarla como una sala más para la debida atención de los pacientes ingresados. Al Ing. Duarte le pareció apropiada la recomendación y llamó inmediatamente al Señor Ministro de Obras Públicas para que procediera con urgencia a construir un paso a nivel que uniera la tercera planta del hospital con la tercera planta de la antigua Escuela de Enfermería. La expresión final de la visita de ese día al Hospital Militar fue la siguiente: *"Estos hombres están luchando por la libertad de nuestro país y en ese esfuerzo están dispuestos a entregar su vida; lo menos que podemos hacer es, que si resultan heridos en combate, darles la mejor atención hospitalaria que como gobierno y pueblo estamos obligados a ofrecerles"*.

El paso a nivel fue construido de manera acelerada y en pocos días el Hospital se descongestionó y se organizó de una manera mas conveniente para la atención de los pacientes.

Con esta decisión oportuna e inmediata el Ing. Duarte puso de manifiesto el sentido humano de la solidaridad hacia nuestros colaboradores y del necesario

reconocimiento al esfuerzo y sacrificios del soldado salvadoreño.

En el cumplimiento de mis funciones en la Policía Nacional contaba con los recursos humanos y materiales, que había encontrado a mi llegada a dicho cuerpo policial, los cuales eran insuficientes. En ese entonces carecíamos de vehículos para el patrullaje de la ciudad y de las carreteras, las comunicaciones eran obsoletas, escasas e inapropiadas y el recurso humano compuesto por comandantes, inspectores y agentes de policía era poco estimado y valorado en su ingrata labor de seguridad y protección ciudadana.

Le expuse al Ing. Duarte la particular condición de los oficiales de policía, que siendo parte de la Fuerza Armada, poseían grados ajenos a la jerarquía militar, condición que en cambio era diferente con los oficiales natos de la Guardia Nacional, institución semejante en funciones y responsabilidades. Con ese antecedente, le sugerí al Ing. Duarte, que en ese entonces ya era el líder de la Junta de Gobierno, que les otorgáramos a los referidos oficiales, los mismos grados jerárquicos que tenían los oficiales de la Guardia Nacional y del resto de la Fuerza Armada. Por supuesto que previo a ese otorgamiento, dichos comandantes e inspectores deberían ser sometidos a un proceso de capacitación profesional que incluirían los aspectos operativos de carácter policial, los propios de las relaciones humanas y de las normas generales y disciplinarias de la Fuerza Armada. Mi solicitud y argumentos fueron aceptados por el Ing. Duarte, avalados posteriormente por el pleno de la Junta Revolucionaria de Gobierno y aprobados en la legislación militar

correspondiente. De esa manera, los oficiales de policía que por siempre habían estado marginados de la categoría militar, fueron incorporados con los mismos derechos y deberes que ostentaban el resto de la oficialidad de la Fuerza Armada. **El apoyo otorgado por el Ing. José Napoleón Duarte en favor de los oficiales de policía fue decisivo y determinante, manifestando con ello los valores de la ecuanimidad y del perdón, puesto que años antes, en el fallido golpe de estado de 1972, fue capturado y maltratado por miembros de ese cuerpo de seguridad pública.**

Desde el primer momento, en la proclama del 15 de octubre de 1979, se prometió que se organizarían elecciones libres para respetar el voto soberano del pueblo y el de darle legitimidad al respectivo proceso electoral, a fin de fortalecer la vida democrática del país. En un primer acto, se convocó a elecciones legislativas y se designó a un Presidente provisional para establecer las condiciones necesarias de las elecciones presidenciales. La consulta popular fué una fiesta cívica, con una concurrencia multitudinaria, no obstante los ataques armados a los centros de votación por parte del FMLN/FDR. Al entregar el poder la Junta Revolucionaria de Gobierno el Ing. Duarte se reintegró a su partido y ante la oferta política de elecciones libres, se dedicó a organizarlo y a preparar su campaña. Al contrario de las épocas anteriores, el Ing. Duarte investido por su partido como candidato presidencial, mantuvo una campaña electoral de lucha por la paz y por conocer las necesidades más sentidas del pueblo salvadoreño en aquellos tiempos. **Durante ese período, a pesar de los vínculos desarrollados con miembros**

de la Fuerza Armada en la etapa de la Junta de Gobierno, permaneció alejado de la estructura militar, dando el ejemplo de que el juego político se realiza en el campo del debate y del contacto con el pueblo, absteniéndose de cualquier asomo de apoyo del sector militar con lo que demostró el respeto a la institución armada, la nobleza de su credo político y el cumplimiento del principio de la imparcialidad electoral. A pesar de los inconvenientes de una elección en un proceso desestabilizador, el Ing. Duarte logró la victoria en una segunda vuelta electoral.

Elegido Presidente y dos días antes de la toma de posesión, me solicitó una reunión en su residencia y sorpresivamente me ofreció el cargo de Viceministro de Seguridad Pública que crearía en su gobierno. Le pedí un día para pensarlo y recapacitar sobre la nueva responsabilidad que ello supondría y, al día siguiente, le informé que estaba dispuesto a aceptar el cargo siempre y cuando él estuviera de acuerdo en aprobar las recomendaciones que yo consideraba necesarias implantar para lograr el mejor funcionamiento de los tres cuerpos de seguridad. Expuse mis argumentos y coincidimos plenamente con ellos, de tal manera que, el día de la toma de posesión, el primer Decreto Ejecutivo fue el nombramiento del Gabinete de Gobierno; el segundo, fue la creación del Viceministerio de Seguridad Pública en el ramo de Defensa, y, el tercer decreto fue mi nombramiento como Viceministro de Seguridad Pública.

La época del conflicto y del gobierno del Presidente Duarte fue una etapa que demandó mucha entereza y valor para enfrentar los diarios informes



de novedades sobre muertos y daños que sufría el pueblo y el país. A ello se sumaban la crisis económica que generaba la migración interior por los asesinatos, secuestros y extorsiones en los pueblos del país así como el desempleo, el terremoto de 1986, las sequías y tormentas que agravaban aún más las condiciones ya de por sí difíciles en un conflicto de esta naturaleza. Se puede afirmar que lo anterior se complicaba con la presión internacional de gobiernos y organizaciones que, hábilmente manipuladas por la conspiración comunista, manifestaban públicamente el rechazo a todas las iniciativas del Presidente Duarte para salvar el país de la amenaza totalitaria que se había gestado y cuya caída había sido anunciada en el primer aniversario de la revolución sandinista, habiendo sido señalado El Salvador como la próxima nación que caería en la órbita de los países del bloque soviético.

A pesar de las circunstancias negativas que se vivían en aquellos tiempos, el Presidente mantenía un esfuerzo continuado por asegurar un clima de tranquilidad para mantener la normalidad productiva, procurando una relación de respeto y entendimiento con el sector del gran capital, el sector empresarial y el sector político, que aliados por razón de sus intereses, cuestionaban al gobierno sus programas e iniciativas, con lo que el frente político interno y externo, así como el frente económico, no favorecían en nada la consolidación de un esfuerzo integral de salvar al país frente al accionar conjunto de los grupos violentos que pretendían alcanzar el poder. Es legítimo considerar y concluir que el gobierno del Presidente Duarte enfrentó y venció circunstancias

políticas y económicas negativas como nunca en el historia de nuestro país.

Durante ese período, una de las áreas que más apoyo recibió del gobierno fue la seguridad pública, lo que permitió desarrollar una nueva doctrina de trabajo al contar con transporte y comunicaciones suficientes y apropiadas al esfuerzo de seguridad de personas y protección de bienes que los cuerpos policiales habían asumido. El desempeño del gobierno era consistente con las promesas de paz y libertad y ello implicaba una continuada presencia de liderazgo en la dirección de los asuntos del Estado, situación que requería perseverancia, sacrificio y confianza en la defensa de la democracia y del país. El Presidente Duarte estaba siempre disponible para las más importantes decisiones con prudencia, sabiduría y fortaleza hasta el último día.

Preocupado por alcanzar la paz, el Presidente Duarte propuso una convocatoria al diálogo con el FMLN/FDR, en la población de La Palma el 15 de octubre de 1984, concurriendo para tal propósito a la ONU, en Nueva York en el período normal de sesiones, con una reducida delegación integrada por el Ministro de Relaciones Exteriores y mi persona como representante de la Fuerza Armada. El día de la presentación la delegación fué recogida y conducida por la seguridad del gobierno de los Estados Unidos y de la ONU al edificio de este organismo y el traslado en varios vehículos fué tan acelerado por razones de seguridad que nos separaron, y no pude llegar al salón previo de la Asamblea General, por lo que decidí regresar al hotel, en donde fui buscado mas tarde por un miembro del Estado Mayor Presidencial, manifestándome que el

Presidente Duarte requería mi presencia con urgencia. De inmediato me dirigí a la ONU y me reuní con el Presidente quien me manifestó su preocupación por mi ausencia, por cuanto mi compañía era necesaria en ese momento para significar ante el mundo que el gobierno contaba con el apoyo de la Fuerza Armada y que ésta contaba con el apoyo del gobierno legítimo de los salvadoreños, en la lucha por la paz y la democracia. **Al reunirnos en el salón con los representantes de los países de América Latina, me tomó de la mano apretándomela fuertemente y me dijo "no se aleje, usted tiene que estar junto a mi."** A partir de entonces, en todo paso que él daba, me pedía que permaneciera a su lado. En aquel momento, me impresionó su humildad y franqueza propias de los limpios propósitos a favor de la paz y de reconciliación que deseaba para el país.

Por la noche de ese día, la embajadora Jeanne Kirkpatrick de los Estados Unidos, ofreció una cena en su apartamento, a la que asistimos el Presidente Duarte, el Ministro de Relaciones Exteriores, el Embajador de El Salvador ante la ONU y yo. En el transcurso de la cena la embajadora expresó que le extrañaba el hecho de que los Estados Unidos no había sido informado previamente de la convocatoria al diálogo con el FMLN/FDR, a lo que el Presidente le respondió con aplomo: *"disculpe Embajadora, pero no sabía que El Salvador tenía que pedir permiso para dialogar por la paz"*. Pasaron algunos segundos de embarazosa tensión, que finalizó con la intervención de la embajadora quien manifestó que El Salvador podía contar siempre con el apoyo de los Estados Unidos. Todos los presentes nos sentimos asombrados

y preocupados por el reclamo de la representante de los Estados Unidos y más aún por la respuesta del Presidente Duarte que, dueño de sí mismo y de profundo patriotismo, supo mantener el nivel de respeto y credibilidad que se requería. El Presidente Duarte mostró aquella noche su estirpe de estadista y demócrata.

Convenida la fecha y lugar de la reunión para el primer diálogo gobierno-FMLN/FDR, el Presidente Duarte dispuso que le acompañarían el Dr. Abraham Rodríguez, el Dr. René Fortín Magaña, el Lic. Julio Adolfo Rey Prendes y el Ministro de Defensa, General Eugenio Vides Casanova, y dispuso, que en el caso que algo ocurriera, como un ataque o un secuestro a la comisión oficial, el gobierno debería continuar su funcionamiento con total normalidad y que debería respetarse la disposición constitucional del relevo presidencial y del cumplimiento de la Ley. El Presidente Duarte mostró de nuevo su condición de gobernante dispuesto al sacrificio por la patria.

En una de las visitas a la Casa Blanca y durante la entrevista con el Presidente Reagan, éste le solicitó que El Salvador facilitara su territorio como base de operaciones para apoyar la lucha de los "contras" en Nicaragua. En esa ocasión, el Presidente Duarte me manifestó que su respuesta fue respetuosa, pero categórica, en el sentido de que el país no se prestaría para llevar la guerra a un país vecino, puesto que El Salvador, precisamente, era víctima de ese tipo de agresión. A continuación le pregunté al presidente, porqué a su salida al jardín de la Casa Blanca había besado la bandera de los Estados Unidos, a lo

que me contestó que le acababa de decir que no al primer líder mundial sobre el apoyo a la guerra de los contras y, que, tanto el Presidente de los Estados Unidos como su nación, mantenían la ayuda militar contra las fuerzas insurgentes del FMLN/FDR y la ayuda económica, que en aquel entonces, permitía mantener en pie el funcionamiento de nuestro país. *“Fue un gesto de amistad hacia el Presidente Reagan y de agradecimiento hacia el pueblo de los Estados Unidos”*, concluyó. Esta actitud, semejante al del saludo presidencial a la bandera cuando se visita otro país, fue muy polémica en los medios, pero totalmente comprensible en las circunstancias en que se presentó. **Sin duda, fue un acto de entereza moral con la debida dignidad, pero con la correspondiente formalidad protocolaria. También fueron muestras de la nobleza que anidó siempre en el corazón de aquel hombre de bien.**

Durante estos viajes con escala en la ciudad de Miami, el Presidente insistía, al regreso, el visitar un centro comercial para ver vitrinas, nunca se compró nada,



pero eran momentos de distensión. Esta solicitud siempre fue problemática para la seguridad estadounidense que tenía que desplegar mayor personal de seguridad, a los que el Presidente Duarte llamaba “los sorditos” por el pequeño aparato de comunicación, parecido al que usan los sordos, que utilizaba todo el personal de seguridad. En estas escapadas el Presidente Duarte se distraía y disfrutaba saludando gente que le reconocía y que le pedían autógrafos o tomarse fotos con él. **Era el Presidente Duarte genuino, que nunca cambió ni se obnubiló por los efectos del poder.**

Con frecuencia, en el transcurso de la vida política, las acciones que pretenden llevar al mal pueden traer el bien. En septiembre de 1987, a mi regreso de una misión oficial a México, me encontré con las sorpresa de que, en una reunión de comandantes militares, se había solicitado mi destitución por conspirar para dividir la Fuerza Armada, a partir de los actos en el desempeño de mis funciones como Viceministro. Al conocer tal planteamiento de inmediato solicité al Ministro de Defensa una reunión de urgencia con los señores comandantes, la que se celebró al día siguiente. En dicha reunión, pedí me expresaran cuál o cuáles habían sido los actos que les incomodaban, a lo que no supieron contestar, quedando en simples e intrascendentes especulaciones. Después de dicha reunión elevé formal solicitud de audiencia al señor Presidente Duarte y le informé lo acontecido y le ofrecí que, en ese momento, si a él le parecía, podía renunciar al cargo que ostentaba, a lo que me replicó que *“el gobierno es mi responsabilidad y nadie puede pedirme que nombre o remueva a un miembro de mi gabinete”*, por lo que me solicitaba que

continuara en el puesto, dado que hasta ese momento la forma de trabajo y los resultados obtenidos contaban con su aprobación. Continué en el cargo y, a pesar de la decisión presidencial, los autores de la oscura y burda trama persistieron en su propósito; por lo que, a mediados de diciembre, le manifesté al Presidente que agradecía su total apoyo, pero que dadas las circunstancias del conflicto y del país lo aconsejable, para evitar un problema más al gobierno, era que como Viceministro de Seguridad Pública renunciara en el fin de año. El Presidente me expresó: *“estoy de acuerdo con su propuesta con la condición de que acepte un nuevo cargo como Ministro del Interior o Ministro de la Presidencia”*, a lo que le contesté: *“le acepto el cargo que usted disponga”*. Así fue como el 31 de diciembre de 1987 fui juramentado Ministro de la Presidencia. **En el desarrollo de esta situación, el Presidente Duarte mostró la virtud de la integridad política, el valor de la lealtad hacia el colaborador y de paso mostró el concepto propio de los alcances del poder en el ejercicio pleno del mandato presidencial.**

La paz es siempre el punto de partida de cualquier proyecto político y precisamente un estado de conflicto es la negación de la paz. El Presidente Duarte deseaba la paz y por ello era importante resolver el conflicto ideológico con expresión de violencia que vivía El Salvador. El proyecto Esquipulas I, fue una iniciativa con cierto valor estratégico, pero con la dificultad que deseaba englobar a todos los países centroamericanos a partir de una sola perspectiva, cuando éstos vivían realidades diferentes. Guatemala tenía su propia situación de violencia desde los años 60. Honduras apoyaba a los antisandinistas con el respaldo de



Estados Unidos en contra de Nicaragua. El Salvador tenía su propio conflicto con el frente, apoyado por Nicaragua y Cuba y, detrás de ellos, todos los países de la órbita comunista. Y Costa Rica, que había apoyado a los sandinistas en la conquista del poder, después había optado por apoyar fuerzas antisandinistas permitiendo bases de operaciones en la frontera común con Nicaragua. Ante este panorama, el Presidente Arias de Costa Rica presentó una iniciativa de paz denominada Esquipulas I, la cual fue conocida por los gobiernos centroamericanos con poco interés por la falta de concreción de compromisos serios en los aspectos que interesaban a los países. **Ante esta coyuntura, el Presidente Duarte sugirió una serie de cambios, que ofrecían soluciones generales a problemas específicos de cada país, con lo que la valoración mejoró desde la perspectiva de cada gobierno, originando con ello una benevolente aceptación que se denominó Esquipulas II. Como consecuencia de ello y después de varias reuniones presidenciales se logró la aceptación de un acuerdo general que señalaba compromisos específicos a cada país en aspectos que podrían favorecer un clima de distensión a nivel centroamericano, sin que ello significara el fin de los conflictos y el establecimiento de la paz.**

Paralelamente el gobierno de El Salvador, por iniciativa del Presidente Duarte, mantenía su propio proceso de diálogo con el FMLN/FDR, acordando diversas reuniones en El Salvador, México, Panamá, Venezuela y Guatemala, sin lograrse avances significativos en el referido diálogo dadas las pretensiones de los alzados en armas y las limitaciones del grupo del gobierno, compuesto por el Dr. Abraham Rodríguez, Dr. Fidel Chávez Mena, Lic. Julio Adolfo Rey Prendes, General Eugenio Vides Casanova y el Cnel. y Lic. Carlos Reynaldo López Nuila. **Por expresas instrucciones del Presidente Duarte, no se podía aceptar negociación alguna, bajo ninguna circunstancia, de temas específicos como la posible reforma de la Constitución; ni la eliminación, ni reducción ni mucho menos la integración de las fuerzas insurgentes en la Fuerza Armada de nuestro país. El Presidente Duarte, a pesar de sus profundos deseos de paz, nunca estuvo de acuerdo con esas pretensiones, por cuanto ello significaba una clara violación de la Carta Magna, cuya integridad había jurado defender con su vida.** Mas tarde, después de la finalización de su mandato el nudo gordiano se desató cuando el diálogo se sustituyó por la negociación y los límites a los temas intocables se superaron con lo que se allanó el camino hacia los Acuerdos de Paz del 16 de enero de 1992. La paz, ciertamente, estaba más cerca que nunca gracias, especialmente, a la voluntad del que fue el auténtico promotor del proceso de pacificación.

Durante su mandato, sufrió uno de los atentados más serios con que se puede atemorizar a una persona, cual es el secuestro de una de sus hijas. Este suceso le provocó tremenda ansiedad, dado el

incierto resultado que podía presentarse. A pesar de ello, mantuvo la normalidad en la gestión gubernativa y el equilibrio emocional necesario para negociar su libertad. El caso fue muy desgastante y vivió con estoicismo el proceso de negociación, del canje y de su liberación, sin claudicar ante las desorbitantes exigencias de los alzados en armas.

El 29 de mayo de 1988, el Presidente Duarte fue sometido a una serie de exámenes debido a quebrantos de salud que venía padeciendo desde hacía algún tiempo. Como consecuencia de dichos exámenes, el diagnóstico fue que padecía de un posible tumor maligno en el hígado y que era recomendable que, de inmediato, se programaran unas pruebas complementarias para confirmar la dolencia mencionada. A consecuencia de dicha noticia fui convocado, en mi condición de Ministro de la Presidencia, a la residencia presidencial donde se me informó de la situación de gravedad del Presidente y de la urgencia de viajar a los Estados Unidos para someterse al chequeo respectivo y si era necesario a la intervención quirúrgica que lo requiriera. **Las instrucciones recibidas en ese momento fueron que la administración del gobierno debía continuar bajo la dirección del Señor Vicepresidente de la República y el esfuerzo de pacificación contra la violencia debería ser mantenido, dentro de las reglas por él establecidas, con informes periódicos a su persona y al Señor Presidente de la República en funciones (Vicepresidente). Sin duda, aun en la dolorosa adversidad el Presidente Duarte, con plena conciencia de su obligación de gobernante, mantuvo, con la necesaria serenidad, la dirección de los asuntos de Estado y el**

control de los eventos en proceso. Ante la posibilidad cierta de un desenlace fatal, el Presidente Duarte, verdadero demócrata, se aferró a la Constitución, no al poder, y dejó para la posteridad y para el mundo la lección de cómo se comporta un jefe de Estado de verdad.

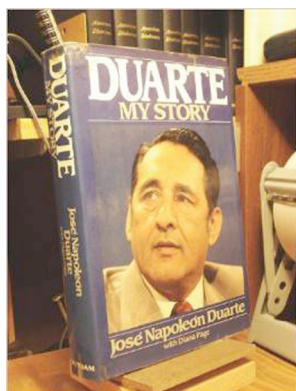
Esta etapa de la vida del Presidente Duarte fue muy delicada, dado que, a pesar de los iniciales resultados optimistas, su salud se fue deteriorando día a día. A pesar de ello, su voluntad de lucha y de servicio en favor de los intereses nacionales y del pueblo salvadoreño se mantuvieron firmes e incólumes, asistiendo a reuniones y tomando complicadas decisiones muy propias de esos difíciles momentos.

Durante el mandato del Presidente Duarte las circunstancias fueron difíciles y muchas veces desalentadoras y complicadas. Cada expresión fue polémica, cada decisión cuestionada y cada respuesta tergiversada. La función presidencial cada día requería capacidad gubernamental y habilidad política. La situación se analizaba desde el punto de vista político interno y externo, y desde la perspectiva militar. Todo inmerso en una realidad de exigencias partidarias, de necesidades populares y con diarias novedades de muerte y destrucción que provocaba el conflicto. Jamás pronunció el Presidente Duarte ni la palabra renuncia, ni la perpetuidad en el ejercicio del poder. En cierto momento, ya en los últimos días de su gobierno, el



Presidente me expresó: "cuando me inicié en la política nacional, siempre pensé que si un día llegaba a la Presidencia trataría de ofrecer a la gente, en la medida de lo posible, lo que más quieren y desean; facilitaría al pueblo libertad y al país prosperidad." A continuación manifestó: "jamás pensé que me tocaría gobernar en un periodo de guerra, lo más que puedo hacer ahora es sentar las bases de la paz, para la seguridad y el desarrollo, así como de los principios de la democracia para lograr establecer el único sistema político que asegura la libertad y los derechos humanos en el país." Estas palabras me impresionaron mucho, y muchísimo más ahora que transcurridos veinticinco años de la entrega del poder, me parece que pocos han valorado sus gestos y sacrificios. Algunos califican los gobiernos por las grandes obras o decisiones políticas de cierto nivel y características, y no valoran que el Ingeniero José Napoleón Duarte fue un Presidente que entregó su vida a la causa del país. Su lucha fue por la libertad y por la democracia. Por una democracia auténtica, la de elecciones libres, la de un pueblo soberano que decide quién le gobierna, la de gobiernos que se alternan en el poder y no recurren a violar la Constitución, ni a repartirse el patrimonio del pueblo, ni mucho menos a practicar el fraude de la simulación democrática.

Cuando el Ing. Duarte llegó al poder, era el político más reconocido en el país y el de mayor prestigio internacional. En el desempeño de su cargo puso todo el valor de su capital político y apoyó con decisión la actuación de la Fuerza Armada, institución que logró fortalecer su capacidad de combate y la legitimidad de su lucha en favor del Estado. Gracias a las gestiones, apoyos y declaraciones



que en innumerables momentos formuló en todos los foros y ante todos los mandatarios del mundo en defensa de la Fuerza Armada, consagró con la debida convicción, de que la causa de su gobierno era la misma del pueblo salvadoreño y que su medio de lucha era legal. Como Comandante General de la Fuerza Armada, el Presidente Duarte quiso darle la mayor dignidad y el reconocimiento mas relevante a la profesión de las armas. En ese sentido procedió a fundar la Universidad Militar, con lo que los estudios y títulos militares tendrían la correspondiente homologación con los estudios y títulos del mundo académico universitario. Se aprobó el respectivo decreto de Ley y de inmediato se dio vida a la Universidad Militar. Lamentablemente las administraciones posteriores no consideraron la profundidad, ni evaluaron la trascendencia de tal iniciativa, en términos de la valoración del ciudadano militar en la sociedad salvadoreña. Transcurridos unos pocos años, por serias fallas administrativas y académicas, fue cancelada la respectiva autorización de funcionamiento, la cual fue sustituida posteriormente por el Instituto Especializado Militar con las limitaciones legales establecidas para esa categoría de estudios superiores y las asignaciones presupuestarias que nunca fueron superadas, perdiéndose la oportunidad de que todos los miembros de la Fuerza Armada, civiles y militares e incluso ciudadanos de la sociedad pudieran, de conformidad con su espíritu de superación y capacidad intelectual, optar a todos los estudios académicos que ofrece normalmente una universidad pública de Estado. Fomentar la capacitación militar y la tecnificación en los campos científicos de la academia fue el propósito de aquella singular iniciativa

que pretendía darle las credenciales de modernidad a la institución militar, la cual se perdió con la cerrada visión del desempeño profesional del hombre de armas. Queda pendiente el reconocimiento que la Fuerza Armada le debe a su más ferviente defensor en los momentos más difíciles de la vida institucional del siglo XX. De igual manera, las organizaciones partidarias le deben su vida, desarrollo y vigencia por la lucha incansable que hizo por la libertad política, el postulado mayor de su ineludible esfuerzo. Asimismo, la sociedad civil tiene ahora espacios de expresión y denuncia gracias a esas facultades ahora reales que gozamos como pueblo. A este respecto, la Universidad Tecnológica de El Salvador ya hizo su parte, inaugurando una sala permanente en su memoria.

José Napoleón Duarte, Ingeniero de profesión, político de vocación y patriota de corazón, fue un hombre de pensamiento abierto, de extrema sensibilidad social, de enorme respeto hacia las instituciones y hacia las personas, de gran capacidad y visión de país y de sincera amistad, alcanzando con todos estos atributos la condición de verdadero gobernante. Fue un ejemplar hijo, amoroso esposo y responsable padre de familia y vivió para servir a su pueblo. De su honestidad quedan pruebas de su limitado patrimonio, muy diferente a los actuales, y del sacrificio realizado queda el testimonio de un país libre y democrático que ahora, desafortunadamente, poco a poco, destruimos. **El Ingeniero José Napoleón Duarte, el hombre de fe, el demócrata, el solidario; el hombre sencillo y de gran fortaleza; el estadista, es mi personaje inolvidable.**

San Salvador, enero del 2015